

DESDE 8 AÑOS

Cuentos de Ada

PePe Pelayo

Ilustraciones de Alex Pelayo

Por raro que parezca, en estos *Cuentos de Ada* no hay varitas mágicas, duendes, castillos, ni nada que se convierta en otra cosa. Pero sí son cuentos de Ada, porque todo lo que aquí se narra le ocurre al pobre Adalberto: desde insólitos problemas, por tener que cuidar a su hermanito menor o conquistar a su chica, hasta enfrentar a Orco, un grandulón contra el cual le hace falta la varita mágica, que no aparece en estos relatos.

www.pepelayo.com

ALFAGUARA
INFANTIL

ISBN 956-239-258-9



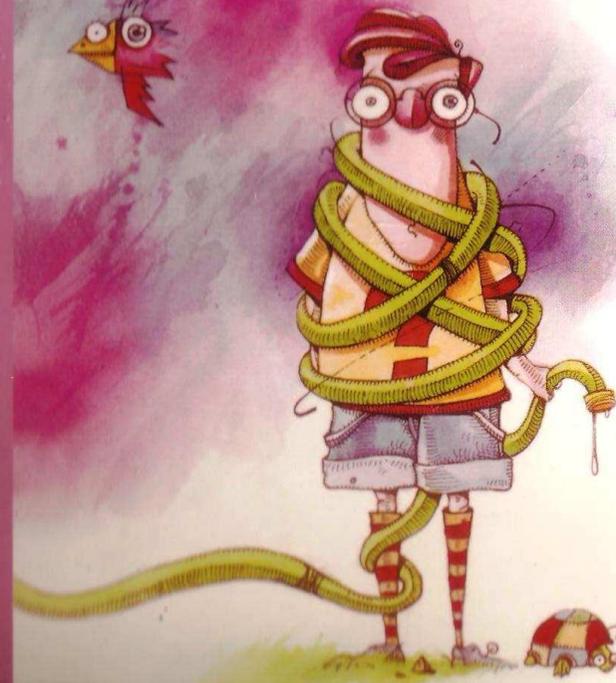
9 789562 392587

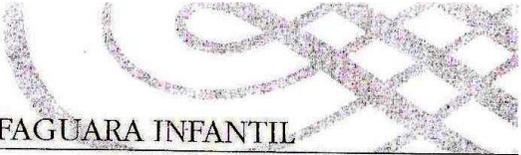
ALFAGUARA INFANTIL

Cuentos de Ada

PePe Pelayo

Ilustraciones de Alex Pelayo





ALFAGUARA INFANTIL

ALFAGUARA



© 2003, Del texto: **PePe Pelayo**
© De las ilustraciones: Alex Pelayo

© De esta edición:
2003, **Aguilar Chilena de Ediciones S.A.**
Dr. Aníbal Ariztía 1444, Providencia
Santiago de Chile

- **Grupo Santillana de Ediciones S.A.**
Torrelaguna 60, 28043 Madrid, España.
- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de C.V.**
Avda. Universidad, 767. Col. del Valle, México D.F. C.P. 03100.
- **Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A. de Ediciones**
Avda. Leandro N. Alem 720, C1001 AAP, Buenos Aires, Argentina.
- **Santillana S.A.**
Avda. Primavera 2160, Santiago de Surco, Lima, Perú.
- **Ediciones Santillana S.A.**
Constitución 1889, 11800 Montevideo, Uruguay.
- **Santillana S.A.**
C/ Río de Janeiro, 1218 esquina Frutos pane Asunción, Paraguay.
- **Santillana de Ediciones S.A.**
Avda. Arce 2333, entre Rosendo Gutiérrez
y Belisario Salinas, La Paz, Bolivia.

ISBN: 956-239-258-9
Inscripción N° 132.641
Impreso en China/Printed in China
Primera edición: julio 2003
Séptima edición: junio 2008

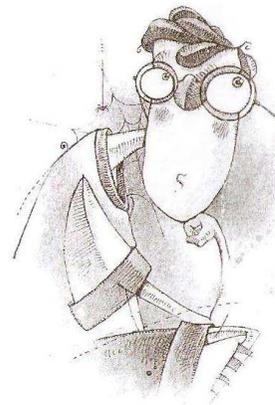
Diseño de la colección:
Mamé Estrada

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

Cuentos de Ada

PePe Pelayo

Ilustraciones de Alex Pelayo



ALFAGUARA



*A Sebastián por su gran sentido del humor
y a Martín por su risa
de los Pelayos*

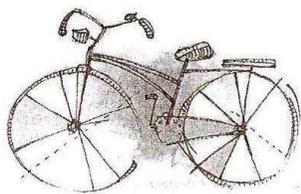
PRIMERA PARTE

EL HERMANITO



Las vacaciones

-¡Ada!
-¡¿Qué?!
-¡Ada...!



¡Adalberto!

-¡Sí, mami!

-Ven aquí. Necesito un favor tuyo, tesorito.

Se me erizaron los pelos. Siempre que mi madre me llama tesorito es para pedirme algo desagradable. Deseé que el favor no fuera algo muy complicado, porque me había hecho amigo de varios muchachos y habíamos quedado en salir a remar y la mañana estaba fantástica. Me encanta este balneario. Debo convencer a mi papá para que nos traiga siempre a veranear a este lugar.

-Mira, Adalberto, hace dos días que llegamos y todavía no me he podido bañar en la playa. ¿Tú podrías entretener

a Yoyito mientras tu padre y yo nos damos un chapuzón?

-Pero, mamá...

-Escucha, tesorito, estábamos pensando en comprarte una tabla de surf, pero no sé...

¡Guaa! ¡Ella sabe perfectamente que esa tabla me obsesiona! Es muy inteligente y pícara mi madre. Por esa tabla yo soy capaz de cualquier cosa. Y, la verdad, pensé que me iba a pedir algo más difícil. Porque, aunque latoso, cuidar por un par de horas a mi hermano chico no es un precio tan alto.

-Está bien -le dije-. Pero un rato nada más porque tengo cosas que hacer.

De esa manera me responsabilicé del enano y decidí hacerlo con profesionalismo. Para empezar, me puse a recordar cómo era yo cuando tenía esa edad. Por eso supe que me iba a ser fácil manejarlo. Aposté a que si me evaluaban como niño me daban el máximo de puntos. Por ejemplo, yo sé que a los niños hay que tratarlos con dulzura. La entonación, sobre todo, es muy importante.

—Oye, si te portas bien, te voy a llevar a andar bicicleta.

Enseguida me lo prometió. ¡Qué satisfacción! Hay que usar psicología infantil. ¡El máximo de puntos para mí!

—¡Ya! —dijo—. Vamos. ¡Dale, vamos!

Eran las nueve de la mañana. Tenía ganas de nadar y correr un poco por la playa antes de encontrarme con mis amigos, pero ya no me podía echar atrás. Además, a los niños chicos hay que cumplirles siempre lo que se les promete.

A pocas cuadras de allí hallamos una tienda donde arrendaban bicicletas.

—Necesito arrendar una bicicleta.

—Sí, dame tu carné —me dijo la encargada del local.

—No tengo ningún carné —le contesté.

—Entonces no puedes arrendar bicicletas.

Tuvimos que volver a la cabaña. Por suerte, mis padres no se habían ido todavía y papá me prestó su carné de conducir. Regresamos a la tienda.

Nos demoramos porque Yoyito quiso que lo llevara en hombros, pero llegamos, aunque algo cansado, debo reconocerlo. Y comenzamos el trámite.

—¿Usted se queda con el carné? —pregunté.

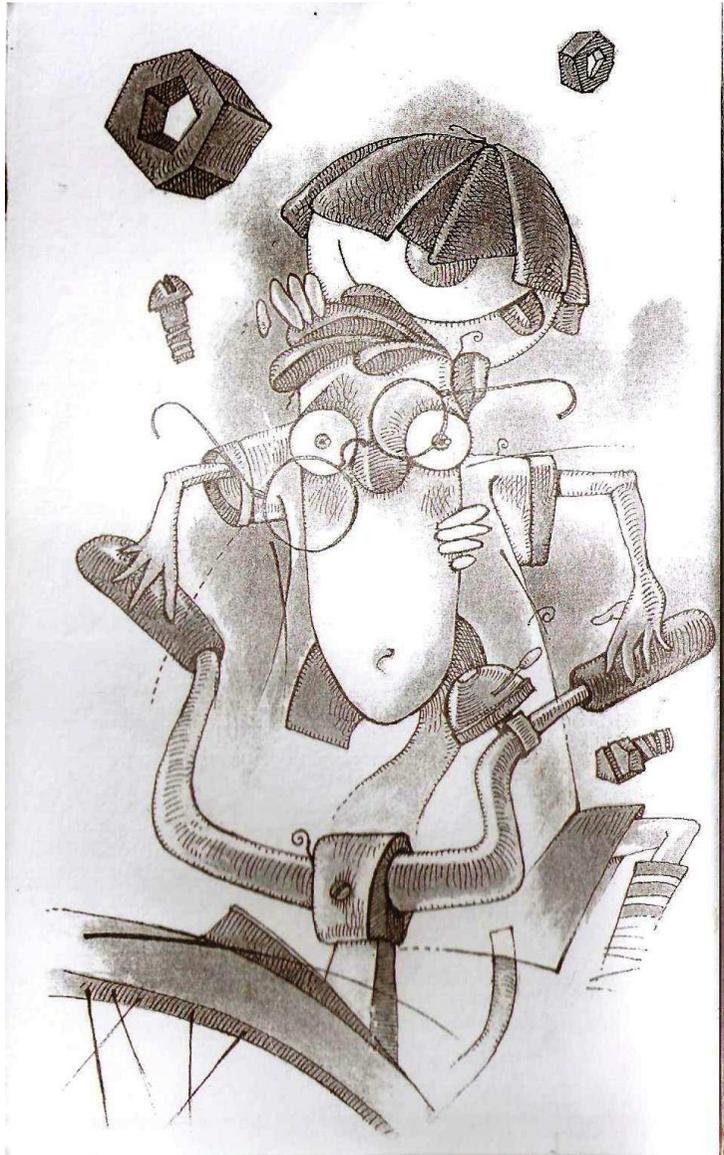
—Sí, mi'jito. Yo me quedo con el carné —me dijo la mujer—. Es una garantía. Cuando traigas de regreso la bicicleta te lo devuelvo.

Escogí la mejor bicicleta. Con esa gente hay que estar atentos, dice siempre mi tío Matías. Él podrá ser un chiflado, como alega mi mamá, pero sabe mucho de estas cosas.

No había nadie en la calle. Nos subimos y así, sin impulso y en zig zag, tomamos rumbo desconocido por las calles del balneario.

Eran las once y media, cuando paramos bajo una palmera.

—Bueno, Yoyito, ya has paseado bastante. Más de dos horas. Ahora, regresemos a la cabaña.



–No, ahora vamos a jugar a la pelota.

–¿Qué...? No, flaquito –respondí con dulzura, después de la sorpresa.

–Bueno, entonces vamos a andar a caballo –dijo.

–Mira, enano, no te pongas majadero; tenemos que regresar ya.

–¡Yo quiero andar a caballo!

–No puede ser.

–¡¡Yo quiero andar a caballo!!

Cuidar niños no es tan fácil como se piensa. Pero no era para descontrolarme al primer problemita, ¿no? De diez puntos, me iban a tener que dar los diez por la salida que le di.

–Está bien, vamos a andar a caballo. Pero con una condición: un rato nada más, ¿está bien? Ya deben estar esperándome para remar.

Lo entendió perfectamente. Enseguida fuimos por el caballo.

–Buenas. Nosotros queremos arrendar un caballo.

–¿Tu carné? –me preguntó el hombre.

—Mire... tengo un problema. Es que con el único carné que tengo tuve que arrendar esta bicicleta, ¿me entiende?

—¿Y qué?

—Que... nada, que ahora no tengo ninguno para el caballo.

—Entonces, ¿cómo vas a arrendar el caballo?

Qué mal me cayó el tipo. Es de esa gente que no ayuda a nadie.

—No sé —le dije—. Debe haber alguna solución, ¿no? Mire, podemos hacer una cosa: si en vez del carné yo le dejo como garantía esta bicicleta, resolveríamos el problema, ¿no?

—Eso no está permitido —me contestó casi sin mirarme.

—Señor, yo solamente voy a arrendar por un rato. ¡Comprenda!

—Fíjate, te lo voy a arrendar —soltó finalmente—. Pero no te demores. ¡Va y me pilla un inspector!

—Sí, despreocúpese. Muchas gracias.

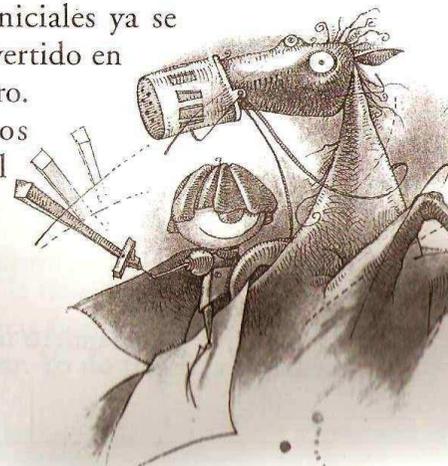
Quise que Yoyito montara solo. ¿Para qué iba a ir con él? Yo sé bien lo que

es jugar. Seguro se imagina un gran guerrero, que sobre su corcel dirige todo un ejército. No, no podía montarme con él. (Además, la peladura entre mis muslos, por culpa del asiento de la bicicleta, no me lo permitía, aunque hubiese querido).

Así, unas veces yo caminaba delante, y él, en el caballo, me seguía; otras, él galopaba y yo lo seguía corriendo. Sudar es bueno. Claro, uno a veces se pasa.

A la una y cuarto me senté en una piedra. Tendí mi camisa a secar sobre un arbusto. Mi decisión podía ser tajante, pero era justa: se acabó el paseo. Las dos horas iniciales ya se habían convertido en más de cuatro.

Fuimos a devolver el caballo. Había un anciano sentado afuera.



—Hola. ¿Me puede decir dónde está el que arrienda los caballos?

—Hace un rato que se fue —me contestó—. Lo vi guardar los caballos, cerrar con llave y subirse en una bicicleta.

—¡Pero no es posible! Yo todavía tengo uno de sus caballos. ¡Él tiene mi bicicleta! —grité.

—Ah, ¿era tuya? Por eso me extrañó. Él nunca ha tenido una.

—¿Usted sabe dónde vive? —quise saber.

—No; sé que es por la costa, pero dónde exactamente, no te podría decir.

¡Lo que me temía! Desde el principio me cayó mal ese tipo. Qué se puede esperar de un hombre que no se preocupa por un caballo y se roba una bicicleta. ¡LA BICICLETA! Ahora tenía que ir a la tienda y explicarlo todo. A lo mejor entendían y me devolvían el carné de mi papá. Además, la empleada, esa sí parecía buena gente.

—Vamos, flaco. Monta rápido, que nos vamos.

—Oye, yo me quiero ir a casa.

—Sí, Yoyito, después. Ahora, vamos a devolver el caballo.

—No, yo quiero irme ahora porque tengo hambre.

—Espérate, primero tenemos que resolver esto.

—Yo quie...

—¡¡Que te subas!! ¡¿Me oyes?!

A veces hay que obligar a los niños chicos. Quizás de diez, me daban ocho o nueve puntos si me evaluaban en ese momento, pero no podía hacer otra cosa.

El ruido de un motor me hizo mirar al cielo. Era un avión volando a poca altura con un letrero desplegado en la cola. Los chicos en la playa gritaban y lo saludaban con las manos. Vi a lo lejos varios botes deslizándose por las pequeñas olas que se movían con la débil brisa. ¡Y pensar que yo podría haber estado allí divirtiéndome con mis nuevos amigos!

Nos apuramos. La tienda aún estaba abierta y la misma empleada atendía.

—Buenas tardes —le dije—. Mire, le voy a explicar. Yo no traigo la bicicleta...

—¡Ah, no trajiste la bicicleta! ¿Y para cuándo lo vas a dejar? Es tarde ya.

—Sí, es que... —me costaba trabajo, pero tuve que decirlo—. Mire, resulta que a mi hermanito se le antojó andar a caballo y yo no tenía el carné, ya que lo dejé aquí. Entonces, hablé con el hombre de los caballos y le expliqué la situación. Al no tener carné, imagínese, era difícil arrendar así... Y se nos ocurrió que si yo, como garantía...

(Aquello no fue fácil. Y tuve que decirlo, aunque me salió en un susurro).

—...dejé allí la bicicleta por el caballo.

—¡¿Qué?! —gritó.

—Sí —traté de terminar la explicación—. Entonces, cuando fui a devolver el caballo, el hombre no estaba.

—Pero, ¿y la bicicleta? —me preguntó.

—¡Se lo estoy explicando! —la interrumpí—. No la traje. Pero, fíjese... esto se puede resolver... —le propuse, no muy convencido—. Mire, ahora ustedes se quedan con el caballo como si fuera la bicicleta, ¿me entiende? Entonces, mañana se resuelve todo.

—¡A nadie se le puede ocurrir eso!
¿Dónde vamos a meter un caballo?

—¡Yo qué sé! Pero entienda: ¿y yo?
¿Qué hago con el animal? Yo no soy de aquí.

—Lo siento. Ese es tu problema. Mira, lo mejor que puedes hacer es irte con tu caballo, y mañana veremos.

Ya eran la dos de la tarde. Nos fuimos los tres para la cabaña. Amarré el caballo en el jardín. Estaba seguro de que mi madre comprendería todo este lío. Su calma y serenidad me hacían mucha falta en ese momento.

—¡¿Dónde rayos se metieron?! —vociferó al abrirnos la puerta— ¡Mira ese niño como está! ¡¿Sabes qué hora es?!

Aplastado, intenté explicarle todo. Ni me dejó terminar. ¡Y cómo se puso mi padre por su carné!

Me prohibieron ir a la playa por el resto de las vacaciones.

Pero fue al otro día fue cuando en realidad me dolió el castigo. Recuerdo que Yoyito se paró en la puerta y comen-

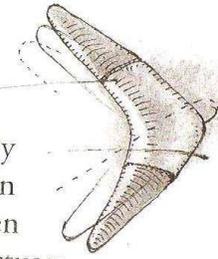
zó a sacarme la lengua y a reírse. Agarré la almohada para tirársela por la cabeza, pero me aguanté. Esa no era la mejor manera de tratar a un niño chico. Lo miré y no le hice nada. Si me evaluaban me tendrían que dar diez puntos.

Cuando se fueron, me desahogué: grité diez veces que odiaba a mi hermano. Después lancé la almohada hacia el techo con toda mi rabia. Tuve mala suerte. Dio contra la lámpara, y ésta me cayó encima.

Me pusieron tres puntos en la frente... con esos puntos, seguro desaprobé la evaluación.

La mentira

Hace como quince días, el tío Matías me llevó a pescar al río. Caminamos y caminamos. Y de repente, sin darnos cuenta, estábamos en medio de un desierto. Un cactus y el esqueleto de un camello, fue lo único que vimos en diez kilómetros a la redonda. No habíamos comenzado a transpirar cuando, de pronto, de la arena surgieron cuatro osos polares y nos rodearon. El tío Matías, con su gran agilidad mental, me agarró de un brazo y pegó un salto tan descomunal que caímos al borde de un precipicio, situado frente a una selva repleta de serpientes, leones, gallinas y mosquitos. No nos quedó más remedio que, con el impulso, rebotar dando otro salto, y caer en la cima de un volcán en erupción. Nos tomamos unos minutos para



retomar el ritmo de nuestra respiración. Después, al observar el lugar, nos dimos cuenta de que el volcán no era tal, sino un gigantesco hormiguero. Decidimos entonces continuar saltando, cuando un temblor de tierra nos hizo rodar cuesta abajo. Como la nieve aún estaba algo dura, formó una bola alrededor nuestro. Casi al llegar abajo, ya la bola medía la altura de un edificio de tres pisos más o menos. Por suerte, caímos en una playa y la nieve se derritió. Medio mareados todavía, nos vimos en la necesidad de buscar un refugio, porque unos vientos huracanados nos empujaban hacia un enorme hoyo negro entre las rocas. Llegamos con dificultad a una cueva. Y para sorpresa nuestra, allí se encontraban jugando dominó, un indio apache y un cosmonauta. El tío Matías les preguntó por el camino más corto para regresar a casa y le respondieron que si seguíamos dos kilómetros caminando por debajo del río, que desembocaba a unos metros del lugar, podríamos llegar en un año. El tío

Matías, agradecido, les obsequió un frasco de mayonesa que llevaba en el bolsillo, y yo les regalé mi boomerang...

-¡Mentira, Ada! ¡Eso es mentira!

-No hables tan alto, Yoyito. ¡Vas a despertar a todo el barrio! ¿Qué pasa ahora?

-¡Que es mentira lo del boomerang, porque me lo regalaste a mí!



—¿Y qué importa eso, flaco? ¿No me dijiste que querías un cuento para dormir?

—¡Mentiroso! ¡El boomerang me lo diste a mí!

—Yoyito, no grites, vas a lograr que papá...

—¡Mentiroso!

—Mira...

—¡Mentiroso!

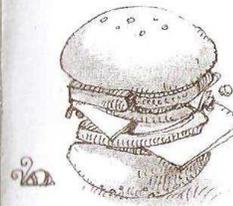
—Yoyito, ¡cómo te odio...!

—¡Mentiroso!

—¡¡Mamá!! ¡¡Papá!! ¡¡Yoyito no me deja dormir!!...

—Mentiroso...

El sándwich



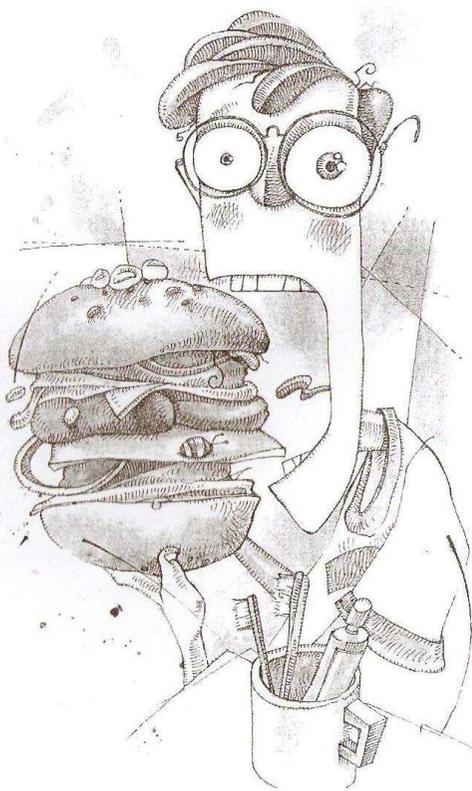
Ese día me preparé el sándwich más rico y grande que se haya visto jamás. Tenía la boca hecha agua.

Me lo serví en un plato para comérmelo con tranquilidad en el patio. Pero, de pronto, recordé que estaba solo en casa con Yoyito. ¿Y si me veía y se le antojaba la mitad del sándwich? Decidí entonces comérmelo encerrado en el baño...

Sólo contemplarlo era una locura. Dos tapas de pan apretaban una hamburguesa doble, hojas de lechuga, cebollas, pepinillos, dos capas de rodajas de tomates, un huevo frito, varias lascas de queso, y sobredosis de mayonesa, mostaza y ketchup... De nuevo se me hizo la boca agua.

Pero había un problema. O me comía uno a uno los ingredientes por sepa-

rado, o aplastaba los panes y me lo comía todo a mordiscos, abriendo la boca lo más posible. Sí, porque el sándwich medía unos centímetros más que una estiradísima boca promedio. Y la mía no era tan grande... Dudé.



Y en esa vacilación estaba cuando Yoyito, al no encontrarme por ningún lado, comenzó a llamarme a gritos.

No lo pensé dos veces. Que me perdonara mi hermanito, pero no podía compartir aquella delicia. Abrí tan desmesuradamente la boca que sonaron los huesos de mi mandíbula. Sentí un dolor agudo, pero enseguida se me pasó. Sin embargo, una sensación de parálisis me invadió la cara. Tocándola con mis dedos lo pude comprobar: ¡se me había trabado la quijada! ¡No podía cerrar la boca! ¡Era increíble! ¡Tenía que ir al médico lo más pronto posible!

Pero sentí miedo. ¿Y si salía y se burlaban de mí en la calle? Era muy fácil reírse si me comparaban con un buzón, por ejemplo. O si un gracioso me metía un papelito arrugado como si mi boca fuera un basurero. ¿Y qué diría Cary si me viera así? Nunca más se interesaría por mí. ¡Y lo que era peor! ¡Si el pesado de Orco me llenaba la boca con agua sacada de cualquier lugar! ¡O un hombre, sin darse

cuenta, me apagaba un cigarrillo en la boca confundíendola con un cenicero! No, no podía salir así... ¿Pero qué podía hacer?

Intenté cerrarla a la fuerza, con una mano en la cabeza y otra debajo de la mandíbula. Nada. Entonces se me ocurrió una idea estrambótica, pero era mi única oportunidad: me golpearía la quijada con el puño cerrado. Comencé suavemente. Nada. Continué con más fuerza. Nada. La tercera vez, me concentré pensando en que golpeaba la cara de Orco.

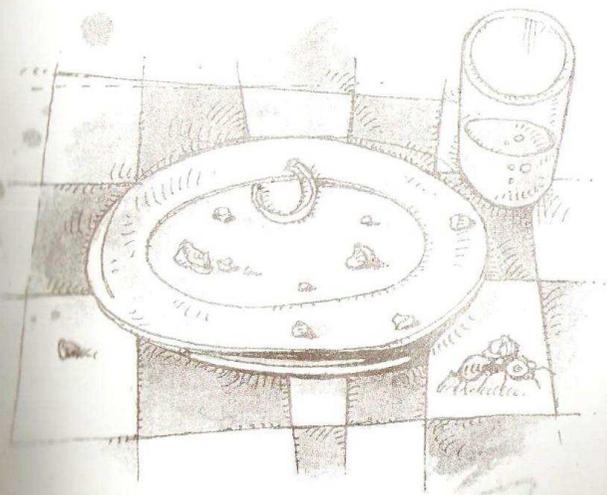
El knock-out fue fulminante...

Percibí un fuerte olor a alcohol. Poco a poco se me fue aclarando la vista y comprobé que me encontraba en un hospital. Reconocí a mis padres parados delante de la camilla. Entonces escuché el tono alto y agudo de la voz de mi hermanito:

—... y sentí un estruendo. Empujé la puerta y vi que era Ada. Entonces llamé a la ambulancia, como ustedes me enseñaron, y lo trajeron para acá. Ah, y también recogí su sándwich...

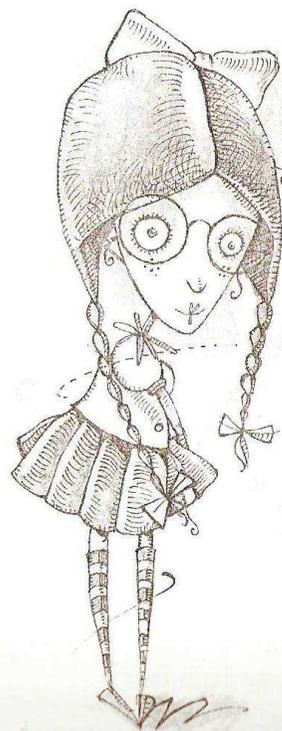
—Pues cómetelo tú, hijo mío —dijo mi madre—. Te lo mereces.

En ese instante sentí que se me hacía la boca agua. Y sentí también un profundo odio por mi hermanito...



SEGUNDA PARTE

EL ROMANCE



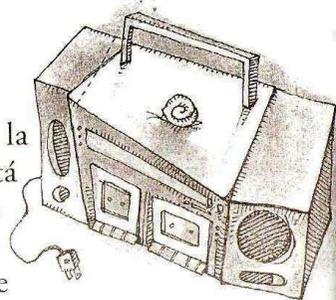
Primer intento

Ya llegó la música. Cary está lindísima. ¡Qué manera de gustarme! ¡Tengo que bailar con ella! ¡Es más, hasta puedo preguntarle si quiere ser algo más que mi amiga! Pusieron un tema suave. Es mi oportunidad...

Mi único problema es que he comido ensalada con mucha cebolla. ¿Qué debo hacer? Tengo dos posibilidades:

- * Me arriesgo a sacarla a bailar así.
- * O me olvido del asunto.

Pero, ¿y si yo le gusto?... Sí, me arriesgo. ¡Debo apurarme y sacarla a bailar rápido! ¡Sí! Aunque, no... no sé. Las decisiones hay que analizarlas muy bien. Si me acerco y la invito a bailar, tengo dos posibilidades:



* Baila conmigo.

* O no baila conmigo.

Si no baila conmigo, está todo claro: no le gusto. Pero si acepta, tengo dos posibilidades:

* Que bailando le haga la pregunta de si quiere ser algo más que mi amiga.

* O que bailando no le haga la pregunta.

Si bailando no le hago la pregunta, está todo claro: soy un imbécil cobarde por no tener valor. Pero si le hago la pregunta, tengo dos posibilidades:

* Que me diga que sí.

* O que me diga que no.

Si me dice que no, está todo claro: no le gusto. Pero si me dice que sí, tengo dos posibilidades:

* Que me deje bailar muy cerquita de ella.

* O que no me deje bailar muy cerquita de ella.

Si no me deja bailar muy cerquita de ella, está todo claro: no le gusto tanto. Pero si me deja bailar muy cerquita de

ella, tengo dos posibilidades:

* Que se de cuenta de mi aliento a cebolla y no siga bailando.

* O que se de cuenta de mi aliento a cebolla y siga bailando.

Si se da cuenta de mi aliento a cebolla y no sigue bailando, está todo claro: no le gusto tanto. Pero si se da cuenta de mi aliento a cebolla y sigue bailando, tengo dos posibilidades:

* Que ella también haya comido cebolla y no me huela.

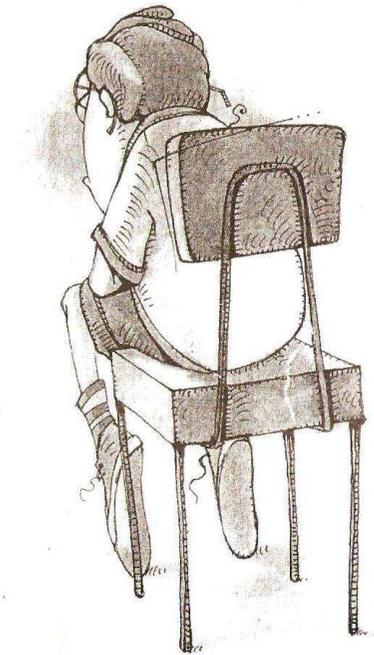
* O que ella no haya comido cebolla, pero le gusten los malos olores.

Si a ella le gustan los malos olores, está todo claro: no me gusta y no sigo bailando. Pero si

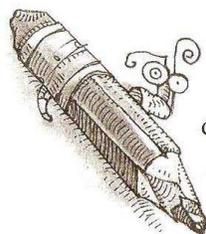
ella también comió cebolla, eso significa que comparte mis gustos. Por lo que vamos a ser algo más que amigos y muy felices. Por lo tanto, ¡ya lo decidí! ¡La voy



a sacar a bailar! ¿Cómo? ¡El Pocho se me adelantó y la sacó! Ahora no tengo ninguna posibilidad...



Segundo intento



Me sentía feliz. En la nota que le envié a Cary pude resumir mis sentimientos sin caer en los extremos. Pero me costó mucho trabajo, es verdad. A veces, al redactarla, ponía cosas como: «desde el día que te conocí comprendí que lo eres todo para mí, bla, bla, bla...» Y rompía el papel. Aquello parecía una declaración de esas que salen en las aburridas películas de amor que ven mis padres. En otras, me iba hacia el otro extremo: «Oye, Cary, tienes que enamorarte de mí, ¿entiendes? Y bla, bla, bla...» Hacía mil pedazos la hoja. Un poco más, y le decía que si no se enamoraba de mí, la iba a castigar. Pero, al final, logré redactarla con mucho tacto; sencilla y bonita. ¡Hasta la rocié con unas gotas de perfume! Fue una buena solución la de la no-

ta. Frente a frente me costaba mucho decirle lo que sentía.

Ahora, sólo tenía que esperar la respuesta. Entonces, me senté a comer mis dulces en el banco del parque, por donde debía pasar Cary.

Comencé a prepararme para el encuentro. Cerré los ojos, mientras me la imaginaba a ella corriendo hacia mí con el pelo suelto y cara de felicidad...



Siempre me embelesaba de esa manera al pensar en nuestra relación. Por eso di un salto de sorpresa cuando me gritó al oído.

—¡Oye, bruto! ¿Quién te crees que soy yo?

—¡Cary! No entiendo...

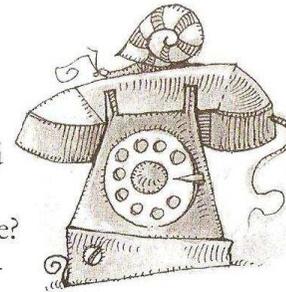
—¡Escúchame, Ada! ¿Cuándo te he prestado alguna rodillera sucia? ¿Cuándo tú me has dado una pelota de fútbol!

—¿Cómo?!

—Y te digo más: ¡no permito que te dirijas a mí en ese lenguaje! ¿Por qué razón me enviaste esto, Adalberto?

—Déjame ver esa nota... ¡Ay, mi madre! ¡Es el papelito que le mandé a Pocho! ¡Disculpa, Cary, esto no era para ti! ¡La que te escribí...! ¡Ay, mi madre! ¡Me voy antes de que el Pocho la lea!... ¡Chao!

Último intento



—¿Aló?

—¿Aló? ¿Estará

Cary?

—¿Estará dónde?

—No, sólo pregunto si ella está.

—¿Si está dónde?

—Ahí, en su casa.

—Ah, sí. Está aquí en su casa.

—¿Y podría hablar con ella?

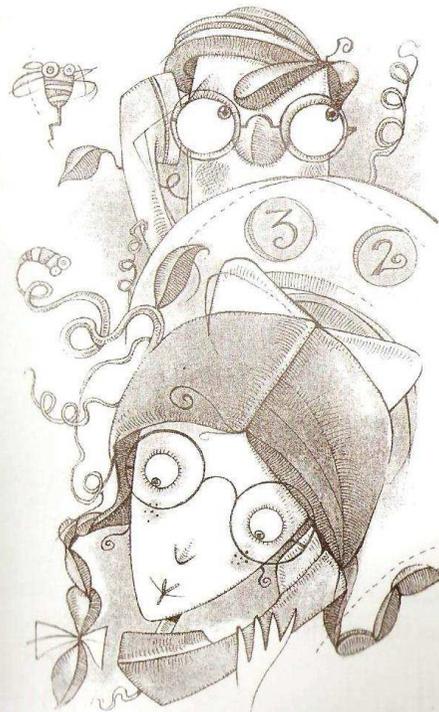
—Supongo que sí. Si los dos saben hablar no veo por qué no...

—Por favor, me refiero a que si podría hablar con ella en este momento.

—En este momento no lo creo, porque estamos hablando usted y yo. Si ella hablara ahora también, no nos entenderíamos. Por otro lado, no tengo interés ahora en hablar con ella. Yo lo hago casi todo el día.

–Perdón, pero ¿con quién hablo?
–Con la madre, de la madre, de la madre de Cary.
–Con la madre... ¡Usted es la bisabuela de Cary!
–Así es.
–Mucho gusto. Yo soy Adalberto. ¿Podría hablar con su bisnieta, por favor? Claro, después que terminemos de hablar usted y yo.
–Sí, como no. Enseguida... Aquí está. Hasta luego.
–Chao.
–¿Aló?
–¿Aló? ¿Cary?
–Sí.
–Cary, soy Ada.
–¿Soyada? No conozco a nadie con ese nombre.
–No, Cary. Te habla Ada. Adalberto.
–¡Hola, Ada!
–Hola, Cary.
–¿Para qué me llamas?
–¿Recuerdas que te dije ayer que tenía que conversar una cosa contigo?

–Sí.
–Bueno pues... deseo decírtelo ahora.
–Dime entonces.
–Cary... Yo he intentado varias veces decirte esto... Pero no es fácil. No quiero que me malinterpretes. Mira... no sé... ¡Ya! ¡Sea lo que sea! ¡Yo quiero que tú y yo seamos algo más que amigos!



—A ver si entiendo: ¿tú quieres ser súperamigo mío?

—No, algo más.

—¿Hiperamigo?

—No, más que eso.

—¿Un megamigo?

—¡Más que un súperhipermegamigo tuyo!

—¿Un hermano entonces? Pero Ada, eso tendrías que hablarlo con mis padres a ver si te quieren adoptar. Si no, lo veo imposible.

—Cary, me refiero a que quiero ser...

—¿Aló? ¿Con quién hablo?

—¿Cómo? ¡No, señora! ¡Está equivocada! Parece que la línea se cruzó.

—¡Yo no me he cruzado con nadie! ¿Con quién hablo, por favor?

—¡Abuelita, estás hablando con Ada, un amigo mío! Disculpa Adalberto, es mi abuela otra vez. ¡Abuela corta por allá!

—¡Ah, eres tú hija mía! Disculpen...

—¡Qué increíble! No le hagas caso, Ada. Ella a veces se pone... ¿Qué me estabas diciendo?

—Te decía que por lo que he sentido últimamente, yo quisiera que tú y yo...

—¿Aló? ¿Con quién desea hablar?

—¡Abuela, ya te dije que estoy hablando! ¡Cuelga, por favor!

—Pero si yo sólo quería...

—¡Oye, Ada! Yo soy la que voy a colgar. Así no se puede hablar. Termina de decirme esto mañana. ¿Está bien? Chao.

—No, Cary, espera...

—¡Cary, hija mía! ¿Eres tú? ¿Aló, quién habla?

—¡Señora! ¡Por favor! ¡Estuve a punto...!

—¿De qué, mi niño?

—¿Cómo?

—¿Que estuviste a punto de qué? Ay, hijo, puedes decírmelo a mí, yo puedo ser tu bisabuela también...

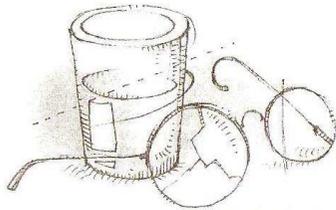
—Gracias, señora. Disculpe, pero no... Buenas tardes...

TERCERA PARTE

EL ENEMIGO



La renuncia

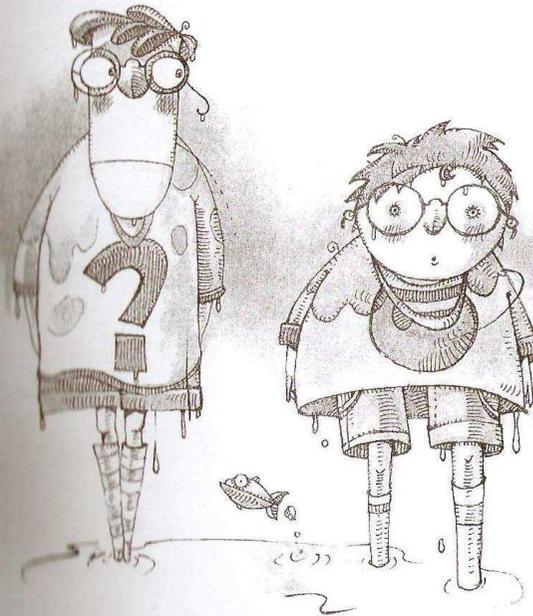


¡Suelta al
Pocho, Orco!
¡Suéltalo!

Sí, soy yo:

Adalberto. ¡Si Pocho te echó el vaso de agua en la cabeza fue porque te lo mereces! Porque el Pocho no te va a aguantar ni una más... ¿Tú no eres el que lo empapas con el agua de la fuente del patio delante de todas las niñas? ¿Eh? ¿Tú no eres el que nos mojas con la manguera cuando pasamos por delante de tu casa? ¿Eh? ¿Tú no fuiste el que me llenó la mochila con el agua de la pecera? ¿Eh? Sí, Orco, tú eres ese abusador. ¡Cobarde! ¿Por qué no le haces esas cosas a los de tu tamaño? ¿Y sabes por qué el Pocho te lo hizo ahora, Orquito? Porque te vio cuando, adrede, diste vuelta el agua del florero en el portafolio de la maestra y después dijiste

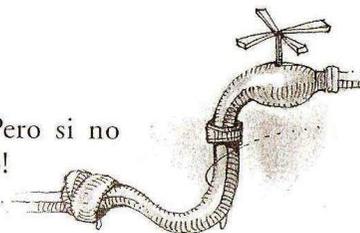
que fue un accidente. Por eso te mojó ahora tu cabezota. ¡Por justicia! ¡Y porque tú no puedes hacerle nada, grandulón! Porque si se te ocurre hacernos algo, te vas a buscar un tremendo lío. Sí, porque el Pocho no dudará en delatarte, Orco...



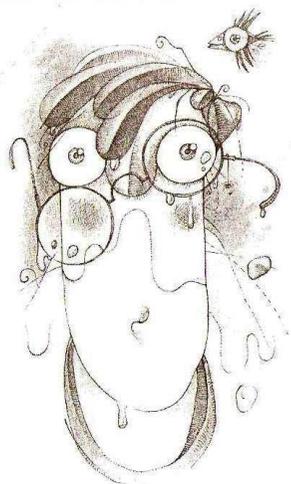
—Oye, Ada, espérate.
—¿Qué pasa, Pocho? ¡Déjame terminar!
—No, lo siento, Ada. Yo no le voy a echar ningún vaso de agua a Orco.
—¿Cómo? ¡No, tú no puedes echar-te para atrás ahora, flaco! Ya lo ensayamos dos veces.
—No, no puedo, Adalberto.
—¿Pero no viste cómo me aprendí todo el discurso?
—Sí, está bien, pero...
—Oye, pero si yo voy a llegar a tiempo. En cuanto Orco te levante por la camisa como siempre te hace...
—No, que va...
—Pero si...
—¡No, Adalberto, no!
—¡Pocho! ¡No te vayas! ¡Flaco!

El acto heroico

—¡Ada! ¡Pero si no está lloviendo!
¿Por qué estás así?



—¡No me pasó nada, Pocho!
—En serio, Adalberto, ¿qué te pasó?
—Bueno... te lo voy a decir, flaco, aunque me es difícil contarlo. Tú sabes que a mí no me gusta hacer alardes... La cosa fue que estaba pasando por delante de un banco, cuando cinco enmascarados me empujaron hacia adentro y me tomaron como rehén. A esa hora no había mucha gente y les fue muy fácil reducirnos a todos. Entonces comenzaron a cargar el dinero en varias bolsas de cuero. ¡Todo esto amenazándonos con pistolas y cúchillos! Pero ahora viene lo bueno: en un momento de distracción, parece que quise hacerme el valiente, y le di una patada



al que tenía más cerca. Después salté por encima del mesón y caí sobre otro. Le estaba apretando el cuello para asfixiarlo, cuando de pronto, ya tenía los otros tres a mis espaldas. Entonces me amarraron, me metieron en uno de sus sacos de cuero, ¡y me encerraron en la caja fuerte del banco! ¡Qué calor, Pochó! ¡Qué manera de transpirar! Por eso me ves así, empapado. Sin embargo...

—Te volvió a mojar Orco, ¿verdad, Ada?

—Sí.

La venganza

—¡Dale! ¡Dale! ¿No puedes más? Llevas rato corriendo, ¿eh? ¿Qué le pasa al grandulón y fuertote? ¿Te estás aflojando, Orco? ¡Sigue! Demuestra ahora que eres el duro...

(Me costaba gritarle por la falta de aire. Siete cuadras corriendo a esa velocidad no era poca cosa. Por suerte, hacía viento y soplabla en dirección contraria a nuestra carrera. Eso me refrescaba algo. La gente me gritaba al vernos pasar, pero yo no entendía bien lo que decían. Yo sólo

lo pensaba en él y en cómo

lo humillé delante de

todos. Pero aque-

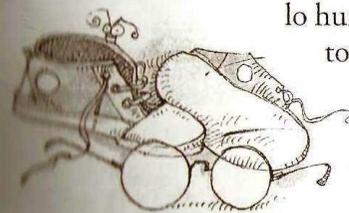
llo no había

acabado.

Todavía

podía fasti-

darlo más).



—Así te quería ver. ¡Corre! ¿Te acuerdas, flaco, de todo lo que me has hecho? Yo lo soporté, bestia asquerosa... Por eso me gusta verte sudar... Eso es... ¡Dale, corre! ¡Por el Pochol! ¡Por todos mis compañeros! ¡Y por mí, flaco! ¡Corre ahora!



(Las piernas me pesaban mucho, pero tenía que alcanzar mi objetivo. Ya habíamos salido de los límites de la ciudad. El sol se ponía más deprisa que de costumbre. Chorros de sudor me corrían por todo el cuerpo. No sé hasta dónde podría soportar. Pero era la resistencia de él contra la mía. Me concentré en mi objetivo: todavía podía fastidiarlo más).

—¡Ahora grita, abusador! ¡Suda! ¡Corre! ¡Hoy me tocó a mí, flaco! ¿Te sorprendí, eh? ¿No te gustó el hielo que te colé por dentro de la camisa y delante de todas las niñas? ¿Eh? ¡Ahora corre! ¡Sigue corriendo, Orco! Así te quería ver, humillado totalmente. ¡Corre!

(¡Que no me vas a alcanzar nunca más! Claro, si todos los Santos me acompañan y me ayudan... Si después del hielo que le eché delante de todos, logro decir que nunca me pudo pillar, cumpliría mi objetivo de fastidiarlo completamente. ¡Dios mío, que se canse él primero! ¡Que se canse él primero! ¡Que se canse!).

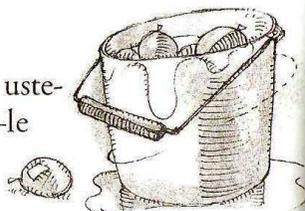
CUARTA PARTE

EL FINAL



La batalla decisiva

—¿Y qué hacen ustedes en el parque? —le pregunté a los chiquillos.



—Yoyito nos dijo por teléfono, de parte tuya, que estuviéramos aquí a esta hora —respondió Pocho hablando por los otros cuatro.

—¿Yoyito? —me extrañó mucho. Y mirando a mi hermanito le increpé —¿Tú hiciste eso?

—Sí —contestó Yoyito—. Porque vamos a hacer una guerra de agua.

—¿Una guerra de agua? ¿Y entre nosotros seis? No, eso no tiene gracia, ¿verdad, Ada? —comentó Pocho.

—Sí va a tener gracia, porque se van a enfrentar a alguien poderoso y que odian —aseguró Yoyito.

—¿A quién? —quise saber.

—A ese que viene por ahí —respondió mi hermano.

Todos nos volteamos y una sorpresa mezclada con susto se reflejó en nuestras caras. Orco hizo su aparición.

—¿Así que eres tú el que quiere enfrentarse conmigo en este parque? —rugió el grandulón, dirigiéndose a mí.

—¿Yo...? —balbucí.

—Sí, y dice que te va a humillar delante de todos —saltó Yoyito.

—¿Delante de ustedes? —se burló Orco.

—Sí, delante de nosotros —continuó hablando Yoyito, porque los demás no encontraban todavía el valor para hacerlo—. Pero también delante de las niñas que vienen por ahí con el armamento.

Y, en efecto, un grupo de quince niñas llegaban cantando y riendo con Cary a la cabeza. Cada una traía dos bombas de agua en las manos.

—¡Ah! ¡Esto se pone bueno! —se jactó Orco—. Creo que me voy a divertir mucho esta tarde.

—¡Pero, flaco! ¿Qué has hecho? —surré, casi sin mover la boca.

—Bien —habló Yoyito sin responderme—. Ahora vamos a dividirnos en dos bandos.

—¡Nada de dos bandos! —bramó Orco—. Todos ustedes contra mí.

—¡No! ¡Tú y yo contra todos ellos! —afirmó decidido Yoyito.



—¿Tú conmigo? —gruñó el grandulón— ¿El hermano del gusano este?

—¡Yoyito! —exclamaron todos los niños.

—Sí, porque lo odio a muerte —contestó mi hermanito, mirándome— y quiero verlo destruido.

—Bueno, está bien —aceptó Orco—. Todos los gusanos contra el piojo este y yo. ¡Y empecemos ya!

—¡Claro que sí! —saltó de alegría Yoyito. Y señalando hacia mí y después hacia mis amigos, continuó—. ¡Ustedes se llamarán Los Gusanos y Ada será El Gran Gusano! Nosotros somos Las Águilas, por tanto, mi jefe es La Gran Águila!

—¡Me está cayendo bien el piojo este! —dijo para sí Orco, caminando hacia las niñas para buscar sus bombas, pero yo lo escuché.

Antes de irse con su jefe, Yoyito me hizo un guiño extraño, como de complicidad. La verdad es que me dejó más confuso.

Ya no podíamos echarnos para atrás. Y menos delante de las niñas, que

divirtiéndose, continuaban palmoteando y cantando. Decidí entonces salir de aquello con la mayor dignidad posible. Fui con mis amigos a recoger las bombas y casi ni miré a Cary. Hubiera preferido que no estuviera allí.

Después, cada bando tomó por su lado en el extenso parque.

Había una sola regla que respetar: el grupo perdía la batalla cuando uno de sus hombres era blanco de un bombazo. Todo lo demás estaba permitido.

—¡Aplastaremos a esos malditos! —les arengué a mis guerreros—. ¡No podrán con nosotros! ¡Somos invencibles!

Yo sabía que ésa era la misión de un líder. Y aunque lo necesitaba más que nadie, decidí darles ánimos y prepararlos para la victoria. Pero los nervios comenzaron a afectar a mis soldados. Nunca habían participado en tan peligroso juego, y menos siendo los contrincantes de Orco. ¡Con el miedo que le tenían!

—¡Atiendan aquí, flacos! —les ordené—. Conozco bien a Orco. Él piensa que



atacaremos por detrás. Pero lo engañaremos. Vamos a arrastrarnos hasta aquella zanja que está a unos metros de la cerca de ladrillos. En esa trinchera esperaremos. ¡Esta es una acción comando sorpresa! ¿Entendieron?

—¡Afirmativo, jefe! —gritó Pocho.

—Sí, más o menos... —asintieron los otros cuatro.

Por su parte, Orco y Yoyito se instalaron, precisamente, detrás del muro de ladrillos a unos metros uno del otro. Después de acomodar sus bombas y mirar el reloj, Orco imitó como pudo el graznido de un águila, y cuando al fin Yoyito le puso atención, lo llamó con su mano.

—Oye, piojo, mira por el agujero aquel que hay en el muro, y dime si ves algún movimiento —le ordenó.

Mi hermanito fue agachado hasta el hoyo que le habían indicado, no sin antes detenerse para sacar una piedra pequeña que entró en su zapatilla. Observó con calma y vio cómo Los Gusanos (es decir, nosotros), estábamos tensos, en silencio y

listos para entrar en acción con nuestras bombas en las manos. Regresó corriendo hasta su jefe:

—¡Es la hora de atacar! ¡Están todos distraídos, sentados y discutiendo entre ellos sin atender la guerra!

Entonces, Orco soltó una risa de satisfacción. Decidió comenzar la batalla. Él dispararía. Y él, como siempre, humillaría a esos gusanos (es decir, nosotros). ¡Estaba a punto de realizar otra de las hazañas que más le complacían! ¡Todos y cada uno de los chiquillos le iban a temer aún más! ¡Y las niñas se derretirían de admiración ante su presencia!

—¡Quédate aquí, piojo! —gritó.

Se incorporó lo más ágil que pudo. Agarró una bombita en cada mano. Subió a la cerca de ladrillos dando un feroz alarido.

—¡¡Aaaaaaaahhhhhh!!

Entonces, lo que se vio en aquel parque fue espectacular.

Cinco bombas de agua, salidas de nuestras manos, fueron a explotar directamente en la cabeza del grandulón. La

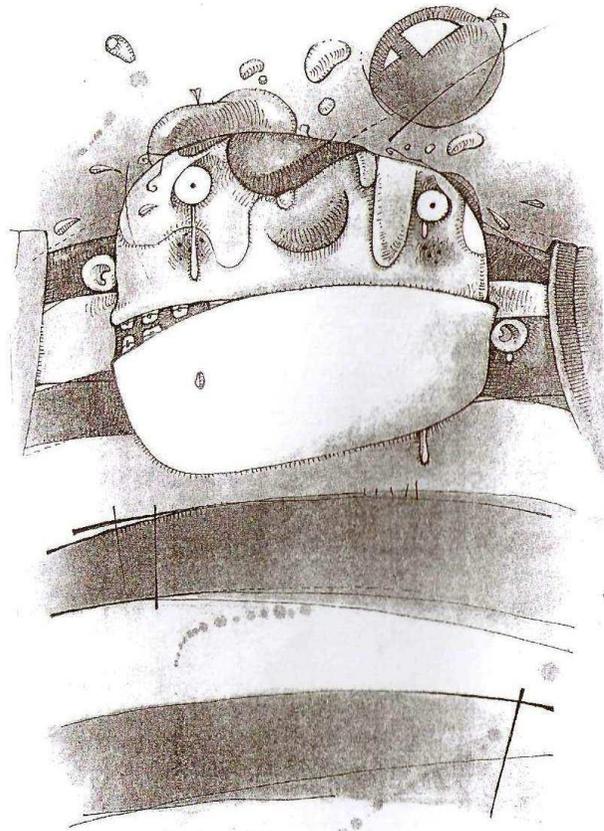


imagen de pollo mojado y tiritando de La Gran Águila, quedó por siempre en la memoria de todos.

Orco no atinó a reaccionar. Sólo quiso huir de aquella humillante situación. Nos demoramos en darnos cuenta que habíamos triunfado. Después, nosotros (es decir, Los Gusanos), comenzamos a cantar y bailar festejando la victoria, acompañados de las niñas.

En medio de aquel regocijo, Yoyito se me acercó con una caja de cartón en la mano.

—¿Y esto, Yoyito?

—Es un cachorrito de perro Chihuahua —contestó.

—¿Y para qué me lo das a mí? —quise saber.

—Ya verás —fue la respuesta.

En ese momento, Cary llegó hasta nosotros.

—Estoy muy orgullosa de ti, Ada —me dijo—. Yoyito me contó cómo desafiaste a Orco por mí.

—Este...

—¡También me contó cómo le arrebataste mi cachorro! El imbécil se lo robó cuando se lo presté a Yoyito. ¿Puedes creerlo? ¡Qué abusador! ¿Verdad?

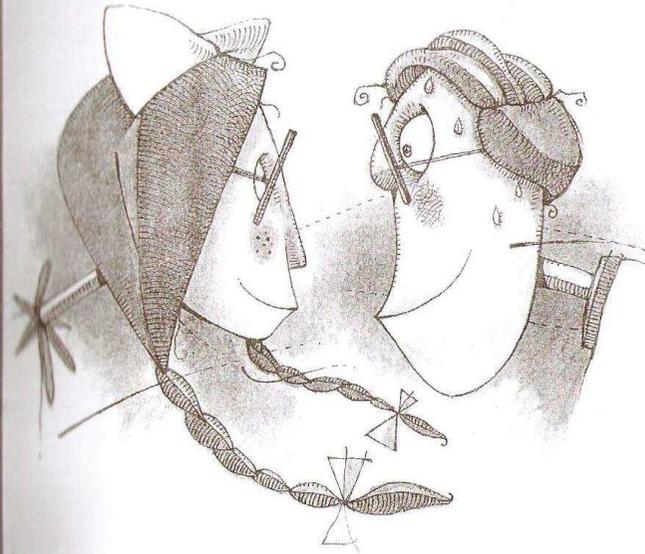
Lo comprendí todo. Mi hermanito había preparado el espectáculo. Citó a todos para esa hora, inventó la guerra de agua y había hecho perder a Orco. Y, por último, con su astucia logró que Cary se muriera de admiración por mí. ¿Quién dijo que Yoyito era un niño odioso? Al contrario, ¡cómo amaba a mi hermanito!

—Oye, Adalberto, yo creo que ahora sí podemos ser algo más que amigos. ¿Estás de acuerdo? —me dijo la niña con mucha coquetería.

Sentí que mi cuerpo era recorrido por un repentino calor. No sabía qué hacer ni qué decir. Entonces se me ocurrió acariciarle el pelo a mi hermanito. Pero él me empujó hacia Cary, y mi rostro quedó muy cerca del de ella.

Dicen que nuestras caras se tiñeron de un rosado intenso. Parecía el final de un Cuento de Hadas. Así, con todos

pendientes de lo que haríamos, ella me...
(Lo siento, no quiero seguir contando...
Me da vergüenza).



PEPE PELAYO

Matanzas, Cuba (1952), residente en Chile desde 1991. Es escritor, comediante, guionista, director escénico, especialista en humor e ingeniero civil.

Ha obtenido varios premios en concursos internacionales por su obra.

Fue fundador y director de la reconocida compañía La Señal del Humor en su país natal. Actualmente imparte cursos y talleres sobre Crecimiento Personal, Pedagogía y Animación a la Lectura a través del Humor, y Narración Oral.

Le han publicado más de una veintena de libros en Cuba, Argentina, Uruguay, Ecuador y Chile, entre los que se encuentra *El chupacabras de Pirque* (2003), *El secreto de la cueva negra* (2004) y *En las garras de Los Mataperros* (2005), en coautoría con Betán; *Ni un pelo de tonto* (2005) y *Draguito y el dragón* (2006), en coautoría con Alex Pelayo. Además, de sus libros *Pepito, el señor de los chistes* (2002), *Pepito y sus librerías* (2004), *Los teatropellos de Pepito* (2007), *Los diálocos de Pepito* (2008) y *Cuentos de Ada* (2003), todos publicados por Alfaguara.

Es el creador del Concurso Nacional de Humor Infantil en Chile y Uruguay, que lleva el nombre de su personaje Pepito.



Índice

PRIMERA PARTE

El HERMANITO	
Las vacaciones	8
La mentira	21
El sándwich	25

SEGUNDA PARTE

El ROMANCE	
Primer intento	32
Segundo intento	36
Último intento	39

TERCERA PARTE

El ENEMIGO	
La renuncia	46
El acto heroico	49
La venganza	51

CUARTA PARTE

El FINAL	
La batalla decisiva	56
Biografía del autor	68